

CUANDO ACABA SEPTIEMBRE

Por PEDRO EMILIO FERNANDEZ COCERO

TODO estaba oscuro aún, y su llorera ya venía por la calle arriba desde algún lugar del edificio. El llanto crecía, a través de algunas treguas, en pequeñas ondas regulares, angustiadas. Luego, regresaba hacia sí mismo, y tal vez este reflujo era aún más opresivo de escuchar que todas sus anteriores crecidas. Después sólo quedaba la noche, estancada.

Yo sabía que él iba a llorar nuevamente un poco después del amanecer. Y volvería a llorar un par de veces antes de la noche; y justamente en esta hora estancia de mañana, y de otro día, y de otro...

Era cuando acaba septiembre, y él lloraba.

—¿Por qué te despiertas siempre para escuchar cómo llora?

Mi mujer solía hacer esta pregunta cada cinco o seis noches, en un susurro soñoliento y apenas acabado, mientras yo adivinaba el abrir y cerrar de sus ojos, todo a un tiempo, todo en una grieta estrecha y bien pasadera de su sueño y su seguridad. Y, entonces mismo, aquel impensado arrimo de los calientes senos de mi esposa, en su rebullir dormido, venía a hacer suma con el llanto y la calle y la noche.

Era cuando acaba septiembre, y la angustia me despertaba. Y del otro lado del amanecer me acechaba mi oficina, con sus hojas de papel amarillo y sus rayas impresas, paralelas, siempre paralelas, para ir poniendo debajo los nombres y las cifras.

—¿Por qué...?

Esta noche los labios de mi mujer no habían conseguido llegar a la palabra siguiente. Sus pechos quemaban sobre mi estómago, como el sol de agosto sobre el pasto seco de la tierra. Desde todos sus treinta y dos años me venía el olor del enebro, el cruzar sigiloso de las corzas por entre el enebro. Y por la calle abajo se iba de regreso el decrecer opresivo de la llantina.

Por las cornisas de la noche se hermanaban el llanto, el insomnio y la memoria, y el calor agresivo de la tierra. Y luego vendría el alba, como ayer y como siempre.

Fue, en ese instante justo, cuando, de un modo brutal, saqué a mi mujer por los hombros para que despertase.

—¡Quiero que lo oigas! —dijo—. ¡Quiero que escuches cómo él va dejando de llorar!

Adiviné los ojos clariverdes de ella. Eran dos trozos de río, dos curvas de río manso y seguro. Y esos ojos reían en la oscuridad.

—Ese que llora soy yo mismo hace treinta años. Tú lo ignoras todo. Tú siempre duermes. Tú siempre te vas contigo.

—¡Querido! —dijo. Y rió un poco, con su manera absoluta y aprisa.

—Tú no vienes nunca. Tú no sabes. Escucha cómo...

Ella, con su seguridad de enebro, había cruzado en torno a mi cuello sus redondos brazos. Y sus labios se apretaban contra los míos, engullendo mis palabras y mi insomnio. Me parece que en onces descé estrangularla, buscándole la fuente de su manera y de su río. Pero ella, como siempre, como mañana, me llevó con todas las corzas de su carne y con la risa callada de sus ojos clariverdes. Durante ese acontecer el llanto había ya regresado hacia su origen.

Ahora yo estaba nuevamente solo. Más ásperamente solo, más reñido y dejado. Me acechaban el alba, la oficina, la quietud por delante. Ella se había ido a su respiración y a su sueño.

Venían unos rebuznos desde alguna de esas cuadras, tristes y absurdas, incrustadas por la ciudad. Sonaba el bastón herrado del sereno contra las losas. Por el balcón entreabierto se iniciaba un alba exprimida y sin gallos.

Desde cinco meses atrás teníamos quebrado el espejo del cuarto de baño. Cada día yo afeitaba mi barba, al amanecer, ante esas dos medias caras descabaladas que, según toda apariencia, eran algo

serio y tenaz. Sin saber por qué, me gustaba dejar abierto un grifo, escuchar agua... Y, tal vez, dos veces por semana intentaba silbar un poco, sin dejar de mirar para la quebradura de las caras. Pero el silbo nacía demasiado fruncido, y se quebraba en seguida, también.

Sorbí mi café, de codos sobre la mesa de la cocina. Mi mujer dormía aún, y yo me iba a lo de siempre, calle abajo. En el portal del chico llorón vi dos cubos de basura y un perro piojoso. Septiembre era livido, y los transeúntes de este barrio llevaban legañas en los ojos.

Por lo hondo de un muro de mi oficina discurría alguna soterrada alcantarilla, y en los días de tiempo revuelto el local se impregnaba de una sutil feidex. Al cabo de media hora, uno se había acostumbrado a aquel pequeño hedor; como consecuencia, la oficina, más baja que el nivel de la calle, resultaba un lugar tan inodoro como otro cualquiera.

—Desde el día primero de octubre, usted podrá hacer tres horas extraordinarias por las noches —me dijo el jefe del departamento, ahuecando la voz.

Listuve a punto de gritar, o de propinar puñetazos sobre el escritorio. También quise echar a correr hacia las afueras de la ciudad, quizá, hacia aquella línea de montañas lejanas donde, de fijo, existirían manantiales y olor de pinos y otras cosas. Pero me acordé de todo lo que tenía que acordarme.

—Me alegro. Muchas gracias.

Solía el jefe del departamento, luego de haber concedido alguna merced, pasear un poco por la habitación, silenciosa, enfáticamente. Ahora la tarima crujía bajo sus pasos, de una a otra pared; ahora, él estaba haciendo su más grande paseo de esta temporada.

—El estado de los balances... —dijo el empleado de la izquierda.

—Los estados para este estado de balances... —habló el de la derecha.

—Según el balance de los anteriores estados de balance... —resumió el empleado que se sentaba frente a mí.

El jefe del departamento, satisfecho de que las cosas anduviesen tan bien por el mundo, salió de la habitación con su andadura enfática.

Yo estaba ante media resma de papel amarillo limón, surcado de rayas paralelas, siempre paralelas, para ir poniendo debajo los nombres y las cifras. Sobre mis párpados había sueño. Del otro lado de la ventana alta cruzaban, de vez en cuando, los bultos del día.

—Lo que sucede actualmente con los jugadores del Real Madrid... —el empleado de la derecha había tomado su tema favorito en el mismo punto que lo dejara ayer tarde.

Saqué de mi cajón, a hurtadillas, otro mazo de papel azul, mucho más pequeño que el de papel amarillo, y lo puse al amparo de éste. Era mi novela del evadido.



—En mi última quiniela...

Y estaba inconclusa. Y mellada en las esquinas, mutilada por sus caminos internos, y sobada por la huella de mis dedos. Volví a leer ese pasaje cuando él va y se pone a dormir bajo las estrellas, contra el muro de un estercolero, teniendo sólo la música partida de su corazón; y el otro, en el que se cuenta cómo él, en calzoncillos, mientras remienda sus pantalones, se pone a comer manzanas biemolientes en compañía de un guardia que no llevaba metralleta y que ha sido enviado por la autoridad para apresarlo. Luego leí un poco, también, en el capítulo que trata de lo que adviene por los hombres del evadido en el trance conjunto de su mejor escapatoria y de la más acendrada voz de mujer, que sus oídos jamás escuchan, que es tanto como decir el capítulo de la perplejidad y del hombre.

—Pablo, contamos con usted —decía una voz, aquí, en la oficina. Y me pareció una voz de empleado.

Pero este capítulo estaba mal resuelto, creo yo. Capítulos así quedan siempre mal resueltos, de cualquier lado que se ponga a la gente y a las cosas.

—Le estamos hablando, Pablo. Contamos con usted para que venga a la posesión de la reliquia. Vamos a ir todos los empleados de la ciudad.

Empecé a vislumbrar la posibilidad de una mañana entre los pinos, o los manantiales, libre, solo. Y, sin embargo:

—Iré a donde ustedes digan —contesté.

A hurtadillas, devolví el mazo de papel azul a las profundidades del cajón. Tomé diez hojas impresas de color limón y me puse a copiar las cifras y los nombres. Del otro lado de la alta ventana seguían pasando, fugaces, los bultos del día.

Rompí la tercera hoja amarilla. Empecé a morder el bocadillo de queso, y el pan estaba corroso. Septiembre era livido. Arrojé el bocadillo al cesto de los papeles y extendí otra tercera hoja amarilla. Pero me fue imposible pasar de la casilla segunda y abrí, nuevamente, el cajón y extraje, a hurtadillas, otro pequeño mazo de papel azul. Era mi novela del fracaso humano.





Era, mejor dicho, la historia de un fracaso, o de cualquier fracaso. Estaba inconclusa, claro es. Y también mellada. Y sobada, reñida y dejada. Escribí sobre ella diez líneas de un tirón, mientras los bultos del día pasaban por arriba y la fetidez de la oficina se iba convirtiendo en una atmósfera normal. Los tres hombres reían, rasgueaban plumas, silbaban.

—¿Qué hace usted, Pablo? —preguntó el de enfrente.

—El balance del penúltimo balance del balance —contesté.

—¿Ha tenido en cuenta el cuadrante del vigésimo nono censo?

—He tenido en cuenta todo lo que debe tenerse en cuenta para un trabajo semejante —afirmé.

Y aún añadí seis líneas más a la historia de un fracaso. Luego empecé, otra vez, a poner nombres y cifras bajo las rayas paralelas, siempre paralelas, de esta jornada.

Desde el día siguiente de mi matrimonio, tres años atrás, yo había conseguido escribir bastantes más líneas en mi novela del fracaso que en la otra, la del evadido. No sé bien por qué sería.

Una vez acabada nuestra luna de miel, comencé a trabajar, también, por las tardes en esta oficina. Con lo cual, a mi mujer y a mí nos pareció entender que íbamos a empezar a entendernos, toda vez que estábamos tan poco tiempo juntos. En este aspecto se iniciaban ahora nuevas esperanzas; yo iba a engullir, cotidianamente, tres horas extraordinarias de papel amarillo a partir del anoecer.

Al abandonar esta tarde el escritorio, excepcionalmente, sucumbí a la tentación de guardar mi segundo mazo de papel azul en el bolsillo de la chaqueta. Yo alimentaba la creencia de que en casa me iba a ser hoy posible aumentar alguna línea más a mi relato.

Crucé, despreciosamente, ante el portal del chico llorón. No había llantina en este minuto, todo estaba en silencio, y las paredes presentaban muchos desconcha-

dos. El perro piojoso de la mañana permanecía soñoliento en el mismo sitio. Y, sin pensar nada, sin proponerme nada, entré en el portal y comencé a subir las escaleras. Me arrepentí en el tercer peldaño, y salí nuevamente a la calle. En el umbral me crucé con una mujer sin edad; su rostro era macilento y conservaba ciertos vestigios de una castigada hermosura.

—¿Va a llorar esta tarde? —pregunté. La mujer me miró con extrañeza.

—Ha llorado ya —dijo.

—¿Cuántos años tiene? —volví a preguntar.

Ella, quedose como pasmada, sin voz. Y después habló:

—Ocho. O, tal vez, nueve. No sé.

El perro despertó del todo y se vino para con nosotros, mendigando, con los ojos, un hueso o un puntapié.

—¿Y, que le pasa, por qué llora?

La mujer dibujó un rictus de enfado en sus labios y, sin responder, se perdió porial adentro.

Caíe arriba, apreté mi mazo azul, mi memoria, y los años. Tosi. Iba a oscurecer el día de septiembre. De mi casa surgía un olor a cebolla, y mi esposa no me esperaba tan pronto; ella nunca me esperaba tan pronto.

—¡Promere, don Pablo! —dijo.

Y ambos reímos un poco para demostrarnos la buena inteligencia que nos unía y trababa en sacramento. Luego me senté, en nuestra cocina, y me puse a escuchar.

—¿Qué haces? —dijo.

—Escucho.

—¿A quién?

—No sé. A los peces. O a tu río distante y seguro. O a Bela Bartok.

—¿Quién es ése? —preguntó sin inmutarse, como tenía que ser.

—Uno que sabe, probablemente —contesté.

—¡Querido! —dijo. Y rió quedo con sus dos trozos de cabal clariverde.

Saqué del bolsillo mi mazo de folios

azules y mellados. Ya llevaba en mi hogar casi diez minutos, y advertí que apenas si estaba oliendo un poco a cebolla; dentro de unos instantes seguro que no olería ya nada. Puse la mano sobre las hojas, miré para los cuatro puntos cardinales de la cocina.

—¿Empezarás pronto con las nuevas horas extraordinarias? —preguntó mi mujer desde su silla.

—Sí. Pasado mañana.

—Me alegro —dijo, sonriendo—. Nos hace falta.

—Y así te distraerás —añadió, luego de unos segundos—. Y no tendrás que escuchar nada de esas cosas.

Mi mujer era muy femenina, sonriendo y haciendo todo lo demás. Ahora vi que le estaba naciendo un sobrehoz de piel en torno a la barbilla. Y este regalo del tiempo también le daba mucha gracia.

—¿Cuántas horas?

—Tres.

Era muy femenina mi mujer. De súbito me sentí infinitamente cansado. Ya ni siquiera se oía a Bela Bartok por ningún sitio, y no tuve ganas de bosquejar una sola línea sobre mis azules folios. Desde nuestro dormitorio venía el tic-tac de ese despertador que para cualquiera de nosotros dos resultaba absolutamente innecesario.

En cierto instante, ella se me acercó por detrás y puso sus manos sobre mis hombros. Este ademán venía a ser de todo punto inusual, fuera de la cama. Y sentí algo como un esplendor lejano, o una corriente que me llegaba de algún sitio poderoso y aún no muerto. El tallo de mi esposa se apoyaba en mi nuca, y me advertí pequeño y grande; y la cocina podía empezar a ser como el lugar de los mansuales. Se inclinó para susurrar algo en mi oído, y al principio sólo percibí su piel sin carne, su piel de niña o de mujer camarada abriendo brecha en mi cansancio.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Naturalmente. Ahora es cierto.

El esplendor y las cosas volvían a apagarse. La cocina no era sino nuestra cocina. Ella se dio la vuelta, y se quedó parada frente a mí, lejana. Habló:

—No te alegras. No sientes ninguna emoción.

—Sí —dije—. Me alegro mucho.

Y bostecé, sin querer. Y me dolí, sin querer. Y la cansera y el tiempo empezaron a crecerme dentro, monstruosamente, como dos plantas gigantes.

Ella empezó a trajinar en el fogón. Tuvo un sollozo, y después se dio a hablar, sin mirarme.

—Eres un egoísta, un perturbado. Nunca has sabido querer ni vivir como todo el mundo, como Dios manda...

—Sí, sí. Me alegro mucho, te lo aseguro —repetí, haciendo un gran esfuerzo.

Ella sollozaba, por entre el humo de unas astillas. El humo vino a dar vueltas en torno a la bombilla de veinticinco bujías, y de repente, pareció que había menos luz. Comprendí que de las nueve horas extraordinarias yo iba a ir robando minutos para intentar decir otro capítulo de aquel relato maldito y mellado.

—Un chillado, un egoísta, eso es lo que eres...

Ahora ella tenía menos río seguro, porque dentro de unos meses pariría un hijo. Yo iba a escribir la rebeldía íntima del hombre que no quiere ser un simple estabón de la especie... Del hombre egoísta, apenado por los barrotes de sí mismo y por el yermo de su individuo...

—No sabes vivir ni querer como Dios manda... —repetía.

Pero ahora tendríamos que cenar, y yo tal vez conseguiría dormir algunos ratos. Luego, seguro, ya estaría despierto contra mi voluntad para oír el llanto que vendría por la calle arriba.

Mi mujer restregó sus ojos clariverdes con la punta del mandil. El fogón comenzó a tirar un poco, y en la cocina ya no había tanto humo.